

## MONTE

Ricardo Paz - Monte Taller

Nicolás García Uriburu | Alicia Herrero | Mariano León | Teresa Pereda  
| Alejandro Puente | Hernán Salamanca | Juan Sorrentino | Candelaria  
Traverso | Colectivo Tsufwelej

30 de julio – 8 de octubre, 2025

La palabra “monte”, como sucede con tantas otras de nuestro idioma, evoca un abanico de significados, algunos concretos y prácticos, otros poéticos, algunos serenos y estáticos, otros puro movimiento. En el léxico de la geografía quiere decir “gran elevación del terreno” pero también “tierra inculca cubierta de árboles, arbustos, matas o hierbas”, y esto último abre a un imaginario en el que el aire se espesa y calienta, estallan los verdes y hasta las voces, además de escucharse, se hacen visibles. Rústico y seco, el monte santiagueño es naturaleza viva donde se reúne la Salamanca y baila sin descanso La Telesita, es el espacio acorralado por la agricultura intensiva, son los parches de bosque nativo que deja la soja. Y también el refugio de saberes que transforman la algarroba en harina, el chañar en dulce, el mistol y el palo cruz o wiñaj en medicina, la madera del itín en instrumentos musicales y la del quebracho colorado y blanco en los soportes de las casas y en las mesas donde se ofrecen, cocinados a las brasas o en guiso, la vizcacha, el guazuncho y el conejo. Allí, en primavera, entre espinas, nacen las flores rojas y naranjas de los quimiles y las abejas se afanan bajo un sol inapelable.

El monte es el espacio que la muestra evoca, y decimos que evoca, no que representa, porque no se trata aquí de exhibir al monte tal como es o debería ser. Se trata de traerlo en un encuentro de materiales y formas, de objetos antiguos y nuevos, en un cruce de configuraciones tan diversas como cuadros, instalaciones, muebles y tejidos que se resisten a ser comprendidos de acuerdo con categorías estancas.

En efecto, en el recorrido libre al que somos invitados, las piezas nos desafían a poner en juego los muchos términos con los que clasificamos tanto los seres de la naturaleza como las cosas hechas por los humanos. Para estas últimas echamos mano de una división que, no por discutida, ha sido del todo abandonada: arte/ artesanía, por un lado aquello creado para su contemplación, valorado por sus logros estéticos y exhibido en el circuito reconocido de galerías y museos, por otro lo que se hecho para cumplir una función, para cazar, para abrigar, para cocinar y servir la comida. A veces, cuando algo es utilitario y estéticamente destacado, acudimos a una solución de compromiso, arte popular, es arte de las clases subalternas. También hablamos de arte étnico si podemos ligar esa obra a una cultura diferente a la occidental, arte indígena si lo atribuimos a un grupo americano, y arte

mestizo al que consideramos producto de mezclas culturales en la América española y portuguesa. Pero por más que nos esforcemos, permanece la sensación de que el conjunto que observamos en la muestra excede todo este festival de etiquetas, que algunos objetos se plantan frente a la mirada que los examina y el cuerpo que los rodea del mismo modo desenfadado con que en el monte se hacen las cosas y se vive con ellas. Un modo en el cual los materiales, las formas y ese plus de belleza que, según Ticio Escobar, permite hablar de arte más allá del Occidente cristiano, son indisolubles y solidarios en cada objeto, y lo útil y lo bello se entrelazan para significarlo.

Es por eso que podemos entender, despojados de preconceptos, el diálogo rumoroso que establecen las pinturas de artistas consagrados con las mantas tejidas por manos desconocidas, los colores del acrílico o el óleo con los de la lana teñida con cochinilla, manzanilla, cáscara de cebolla... y también anilinas industriales, porque las tradiciones no son estáticas y se actualizan permanentemente. Podemos apreciar las boleadoras, pensadas para cazar, en una composición que las resignifica, y las mesas, que se nos ofrecen no como "hechas de" madera sino como el tronco mismo que ha caído en el bosque por añoso o a causa de tormentas o incendios provocados, y que el diseño rescata en formas orgánicas, macizas y elegantes al mismo tiempo. El textil se expresa en piezas antiguas y en propuestas actuales, y así adquiere sentidos renovados. Los diseños andinos se ven confrontados con aquellos que trajeron los conquistadores, ahora tan propios unos como los otros. El monte se hace presente en las salas de la galería, resistiendo con sus espinas y sus colores, con el soplo de su aire caliente y el reclamo de una urgencia: cuidarlo es cuidar la belleza que anida en él y lo hace hogar de vida y arte.

Marta Penhos

Historiadora del Arte y Profesora Consulta, Facultad de Filosofía y Letras-UBA  
Vicepresidenta, Academia Nacional de Bellas Artes, Argentina (2025-2027)